



Centro Bíblico Pastoral para América Latina del CELAM
Pequeño estudio bíblico de apoyo para la Lectio Divina
Cuarto Domingo de Adviento (A) – 24 de diciembre de 2006

María de Nazareth:
Modelo de Acogida de Jesús, Señora de la Alegría de la Fe
Lectio de Lucas 1, 39-45

*“De la misma manera que el Verbo habiendo tomado un cuerpo se hizo hombre,
así también nosotros, apropiados por la carne del Verbo,
somos divinizados por Él y hechos herederos de la vida eterna”*
(San Atanasio de Alejandría)



“Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno”

Oremos...

*“Virgen Santa María,
llena nuestros corazones del Espíritu divino que colma el tuyo;
que de tu plenitud recibamos nosotros,
que nuestro espíritu sea destruido
y que el Espíritu de tu Hijo se establezca
plenamente en nosotros
para que no vivamos, hablemos y actuemos
sino por el Espíritu de Jesús. Amén”*

(San Juan Eudes)

Introducción

El evangelio de este domingo nos invita a ponerle atención al acontecimiento histórico del nacimiento de Jesús, cuya preparación próxima se contempla con la ayuda del Evangelio de la Visitación. Como detalle particular, nuestro texto coloca en lugar destacado el rostro de María, modelo de la acogida del Señor, y nos invita alegrarnos con ella.

En el relato de la Visitación María comienza con la anotación lucana: “**En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá**” (1,39).

¿Qué mueve a María? María parte de las palabras del Ángel, “**Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez**” (1,36), y las interpreta como una invitación para ir a estar con ella. María va al encuentro del “signo” que Dios le dio de que “**ninguna palabra es imposible para Dios**” (1,37). Pues bien, así como lo harán más tarde los pastores, después del anuncio del Ángel en la noche de la navidad, también María, después de haber escuchado el anuncio del Ángel, va a contemplar en la fe el signo que le fue dado. Y esta fe es elogiada por Isabel.

En el encuentro, las dos mujeres favorecidas por Dios expresan lo que progresivamente ha venido ardiendo en sus corazones. Hoy vemos cómo Isabel, invadida por el Espíritu Santo, dice lo que ha podido comprender de María. Luego se verá cómo María confiesa lo que, por su parte y ayudada también por las palabras de Isabel, ha podido comprender de la acción de Dios en ella misma.

Y no sólo son las dos madres las que se encuentran. Este es también el primer encuentro de los dos hijos que traen en el vientre: Juan y Jesús. Si bien la escena está dominada por las dos madres, su centro está en la percepción que Juan tiene de Jesús. De esa forma discreta, con una danza de alegría por el encuentro con el Señor, comienza la misión del precursor del Mesías.

Cuando uno lee con atención el relato de la visitación con un poco más de atención nota una bella dinámica que desarrolla en él. Detengámonos en los movimientos, externo (=el viaje), interno (=de la soledad a la exclamación) y confesional (=el reconocimiento del misterio del otro), de esta narración rica de enseñanzas para nuestro Adviento.

Primero leamos y releamos cuidadosamente el texto:

“³⁹En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; ⁴⁰entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.”

*⁴¹Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; ⁴²y exclamando con gran voz, dijo:
‘Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno;
⁴³y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?
⁴⁴Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo,
saltó de gozo el niño en mi seno.
⁴⁵¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas
que le fueron dichas de parte del Señor!’”*

Profundicemos....

1. El movimiento externo: el viaje de María de Nazareth a Judá (1,39)

“³⁹En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá”

El viaje es un gesto concreto de obediencia a la Palabra de Dios (ver 1,36). María lo hace sin tardanza, *“con prontitud”* (1,39).

La distancia entre Nazareth y la ciudad de Judá (la tradición dice que es Ain-Karem) no es poca. No se menciona ningún otro personaje en el viaje fuera de María. Este largo recorrido y la soledad silenciosa de María son significativas: podemos ver en el trayecto recorrido una primera etapa de la toma de conciencia que ella está realizando.

El viaje de María coincide con un tiempo de *silencio* en el que ella puede captar mejor el significado de lo que está sucediendo en su vida, profundizando en las palabras del Ángel. Al mismo tiempo María no pierde de vista la meta de su viaje: ver a aquella mujer de quien se le ha hablado y que también ha sido beneficiaria de la misericordia de Dios; con ella será solidaria.

El evangelista nos está mostrando que después de la anunciación María vive un momento de pausa, de interiorización, de meditación. Esto es importante también para nosotros: la acción del Espíritu solicita el cultivo de la interioridad.

2. El movimiento interno: la acción del Espíritu Santo (1,40-41 y 44)

“⁴⁰Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. ⁴¹Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo... ⁴⁴Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno”

“Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel” (1,40). No parece ser casualidad la mención de la “casa de Zacarías”. El detalle nos remite a la escena anterior, la cual ocurrió en el Templo de Jerusalén, donde la duda de Zacarías había llevado a su

mudez (1,20). María va a la casa del mudo, va como portadora de una palabra de origen divino, el cual ella ha creído. Y justo en el momento de entrar en la casa ocurre algo maravilloso.

Cuando Isabel y María se saludan, captan la vibración del Espíritu y se abrazan con una inmensa alegría.

No conocemos el contenido del saludo de María a Isabel, pero sí su efecto: es de tal manera que hace saltar a la criatura en gestación en el vientre de Isabel y de provocar la unción del Espíritu Santo (1,41).

“Saltó de gozo el niño en su seno”. El encuentro entre las dos mujeres hace saltar de alegría al niño de Isabel, lo cual es manifestación de la acción del Espíritu. A partir de este momento muchos saltarán de gozo a lo largo de todo el evangelio cada vez que se encuentren con Jesús. El Mesías es portador de la alegría, expresión de plenitud de vida que proviene de Dios. Comienza la fiesta de la vida que trae el Evangelio de aquel que trae alegría para todo el pueblo (ver 2,10).

“Isabel quedó llena de Espíritu Santo”. La voz de María es portadora del Espíritu Santo que la ha llenado y con ella introduce a Isabel en el ámbito de su experiencia: el de una emoción profunda que capaz de estremecer y hacer danzar de alegría.

Guiada por el Espíritu, Isabel capta la grandeza de lo sucedido en María y lo expresa abiertamente. Las dos mujeres, una anciana y una joven, se comprenden a fondo y son capaces de decir lo que llevan por dentro, lo que cada una capta de la otra. Sus vidas atravesadas por soledades por fin encuentran oídos dignos de sus secretos, ambas se sienten comprendidas.

En esa cercanía, en la que también actúa el Espíritu, las dos elevan himnos de alabanza. Se suscita así un movimiento de reconocimiento público y de respeto que desvela lo que desde tiempo atrás ha venido madurando en el corazón.

3. El movimiento confesional: el cántico de reconocimiento de Isabel a María (1,42-45)

“⁴²y exclamando con gran voz, dijo:

‘Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno;

⁴³y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?

⁴⁴Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno.

⁴⁵¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!’”

“Y exclamando con gran voz, dijo...” (1,42^a). Lo que hasta el momento era solamente el secreto de María ahora Isabel lo anuncia a gritos y con el corazón desbordante. El

contenido es la acción creadora del Dios de la vida en la existencia de María, por medio de la cual se ha realizado la encarnación del Hijo de Dios.

En la exclamación Isabel deja sentir que está maravillada ante la persona de María: **“¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?”** (1,43). En estas palabras resuena otra del Antiguo Testamento, la frase maravillosa y temerosa de David cuando se hizo el traslado del arca de la Alianza a Jerusalén (ver 2 Samuel 6,9). Por recelo, en lugar de llevarse el Arca para su casa, David lo hizo trasladar a la casa de Obedom de Gat. Allí permaneció tres meses –los mismos que María demoró en casa de Zacarías– llenándola de bendiciones: **“Yahvé ha bendecido la casa de Obedom y todas sus cosas a causa del arca de Dios”** (6,12).

María es vista así como el Arca de la Nueva Alianza, en la cual Dios se hace presente y bendice a la humanidad de una forma nueva y definitiva.

Por otra parte María es llamada por Isabel como **“la Madre de mi Señor”**. Llena del Espíritu Santo, Isabel se comporta desde ya como si fuera cristiana, dándole a Jesús el título de “Señor” el cual se le da en propiedad a partir de la Resurrección (ver 24,34) y en la predicación kerigmática de los apóstoles (ver Hechos 2,36).

Observemos ahora lo que precede y lo que sigue a esta idea central del reconocimiento de Jesús con él título “Señor”. Isabel le dice a María dos palabras claves que describen su personalidad: “Bendita” y “feliz”.

- **“Bendita”**.

En primer lugar, Isabel alaba a Dios por lo que Él ha hecho en María, esto es, la ha llenado de gracia y la ha bendecido con su poder creador que la ha hecho capaz de transmitirle la vida al Hijo de Dios.

La exclamación de Isabel, **“Bendita...”**, es el eco del saludo que, en los relatos del Antiguo Testamento, Ozías en nombre del pueblo le dirige a Judith, la liberadora: **“Bendita, seas, hija del Dios Altísimo más que todas las mujeres de la tierra”** (Judith 13,18).

Bendecir es “generar vida” y precisamente por eso María es “la bendecida” por excelencia: si bien toda mujer es bendición para el mundo por el hecho de engendrar vida, mucho más María es la **“bendita entre todas las mujeres”**, ya que ella trae al mundo al Señor de la vida que vence la muerte y da la vida eterna.

Además, porque su hijo no es un niño cualquiera sino el **“hijo del Altísimo”** (ver el relato de la anunciación), María tiene con suficiente fundamento la dignidad de **“Madre de Dios (del Señor)”** (1,43).

- “**Feliz**”.

En segundo lugar, Isabel le hace eco a las palabras pronunciadas por María en la anunciación: “**Hágase en mí según tu Palabra**” (1,38), y califica su actitud como un acto de fe: “**Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor**”.

¿Qué quiere decir Isabel sobre María? Quiere decir que María “**creyó**” en el cumplimiento de la Palabra, es decir, la tomó en serio, se abandonó a su poder creador, confió en la fidelidad de Dios a su promesa. La alegría de María proviene de la fuente inagotable de su fe siempre viva, porque ella como ninguna está siempre abierta a Dios.

Este mismo gesto de María le será pedido, a lo largo del Evangelio, a todas las personas que Jesús cruce en su camino (ver por ejemplo: Lucas 7,9.50; 8,48). En la fe tendrán que ser educados de manera especial los futuros evangelizadores (ver 24,25). Aparece así una definición clara de la fe: uno es creyente cuando sabe “**oír la Palabra de Dios y ponerla en práctica**” (8,21; 11,27-28).

En fin...

Con el “Bendita tú eres...” y con el “Feliz tú que has creído”, se entona el primer canto mariano de las comunidades cristianas. Un canto que, al menos con la frase “Bendita tú eres y bendito es el fruto de tu vientre: Jesús”, continúa repitiéndose hasta nuestros días en la oración del “Ave María”.

Los motivos de la “bendición” y de la “bienaventuranza” han sido dados: la fe con la cual María obedeció la Palabra que le fue dicha de parte del Señor y que hizo generar vida en calidad de “Madre del Señor”.

4. Releamos la Palabra con un Padre de la Iglesia

(El texto que proponemos a continuación se adapta más para la segunda lectura de este domingo)

“Las palabras de promesa, cuando se da aquello que prometen, dejan de ser dichas. Hasta el momento de dar, se promete; cuando ya se da, cambian las palabras. Ya no dice “daré” aquello que se comprometiera a dar, sino que dice “di”: cambió el verbo [...] Por lo tanto, los antiguos sacrificios, en cuanto palabras de promesa, fueron abolidos. ¿Qué fue dado como cumplimiento? El cuerpo que conocéis, pero no todos... Sacrificio y oblación no quisiste. ¿Qué diremos entonces? ¿Será que fuimos dejados en este tiempo sin sacrificio? De ninguna manera: ¡Me formaste un cuerpo! Por lo tanto, dejaste de querer aquellos, para preparar este... La realización de las promesas hizo caducar las palabras que prometían porque estas sólo serían válidas si todavía no había

sido cumplida la promesa. Esta promesa se hacía mediante determinadas señales: fueron suprimidas las señales de la promesa, porque fue exhibida la realidad prometida. Nosotros estamos en este Cuerpo, somos partícipes de este Cuerpo, conocemos lo que recibimos [...] El Cuerpo para nosotros está perfecto: perfeccionémonos en el Cuerpo”

(San Agustín, Enarr. in Ps. 39, 12)

5. Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón:

5.1. ¿De qué manera el itinerario de María en esta página del Evangelio, me puede ayudar a tomar conciencia y a proclamar la obra de Dios en mi vida?

5.2. ¿Me tomo tiempos de “silencio” (que pueden coincidir con retiros u otros espacios prolongados de meditación y oración) para tomar conciencia de la obra de Dios en mi vida?

5.3. María e Isabel vivieron fuertes experiencias de Dios y las compartieron entre ellas. ¿Nuestras comunidades son espacios vivos que permiten compartir y celebrar la experiencia de Dios que vive cada uno? ¿Encuentros así nos ayudan a vivenciar la presencia del Espíritu Santo en la comunidad?

5.4. ¿Qué lección nos da el Evangelio de hoy para nuestra vivencia de la navidad? ¿Qué encuentros Dios nos pide que vivamos? ¿Cómo quiere que los vivamos?

P. Fidel Oñoro, cjm
Centro Bíblico del CELAM



***“Oh María, sé bendita entre todas las mujeres
por los siglos de los siglos.
Porque hoy tú nos has dado de tu harina.
Hoy la deidad está reunida y amasada con nuestra humanidad
de manera tan fuerte que esta unión jamás podrá ser separada
ni por la muerte ni por nuestra ingratitud”***

(Santa Catalina de Siena)

Anexo 1

Pistas sobre las otras lecturas del Domingo

Sumario: Muchos siglos antes de Jesús, el profeta Miqueas anunció que Dios le enviaría a Israel un nuevo rey. Así como el rey David, nacido en Belén, este rey sería el pastor de su pueblo. El Salmo canta al pastor de Israel, que es Dios mismo. Estas promesas se cumplen con la venida, el Buen Pastor. María acoge al Hijo de Dios en su seno y se va inmediatamente a llevarlo a la casa de Zacarías, allí es saludada por los saltos de alegría de Juan Bautista en el vientre de su madre.

Primera lectura: Miqueas 5,1-4

La palabra del profeta (siglo VIII aC), contemporáneo de Isaías, es vigorosa. Miqueas denuncia los abusos de los responsables políticos y religiosos de Jerusalén, quienes se habían corrompido agrandando la brecha entre ricos y pobres. La desilusión generada en medio del pueblo por parte de los descendientes de David, no podía ser mayor. De este contexto brota la famosa profecía mesiánica de Miqueas, que leemos hoy, el cual anuncia un nuevo comienzo.

Primero el profeta la emprende contra la ciudad: Miqueas denuncia un culto fastuoso que se realiza en el Templo, mientras que el corazón de los israelitas está lejos de Dios. Dios no va a permitir que las cosas sigan así.

A los oráculos de castigo le siguen oráculos de salvación. El pasaje de hoy es uno de ellos y se refiere a la situación de Jerusalén después de la destrucción de la ciudad y de la deportación de las élites del pueblo. Es aquí donde anuncia la venida de un Mesías, quien no nacerá en Jerusalén, la orgullosa ciudad de los reyes, sino en un humilde y pequeño pueblo del clan de Judá. Es curioso: el nuevo comienzo no proviene de la gran ciudad, de la capital, de los pasillos del poder; la atención se centra en Belén, aldea modesta, aunque no le faltan los títulos: fue la tierra de David, de aquí “saldrá el que reinará sobre Israel”.

Pues sí, Dios aquí intervendrá a favor de su pueblo, como lo hizo en otro tiempo enviando al profeta Samuel para escoger a David, el más pequeño de los hijos de Jesé, de manera que fuera el rey de Israel (ver 1 Samuel 16,1-13). David, el joven pastor de Belén, diestro con la honda, pero también músico, orante, atleta, guerrero, se convertirá en el pastor de su pueblo.

De esta misma aldea, Dios hará “salir” a un nuevo rey, anuncia el profeta. El verbo “salir” está bien escogido: evoca al mismo tiempo al pastor que sale a la cabeza de su rebaño y también al pueblo de Israel cuando sale de Egipto. El profeta anuncia así una nueva obra: en nombre de Dios, el Mesías reunirá a su rebaño haciéndolos regresar del exilio y acompañando también a los que ya han venido. Pero a diferencia de David, el rey guerrero, el Mesías será el príncipe de la paz y su dominio se extenderá sobre todo el

universo. No es sorprendente que la comunidad cristiana, desde sus orígenes, haya visto en este texto un anuncio del Mesías Jesús, el príncipe de la paz.

Salmo 80 (79 en la liturgia)

El salmista, con la audacia de un niño que llora ante su papá, quiere “despertar” a Dios para que venga a ayudar a su pueblo. Son dicientes los verbos: “escucha... despierta... ven...mira... visita... protege”. Los imperativos van sucediéndose en cadena así como las bellísimas imágenes que los acompañan.

Dios es llamado el “Pastor de Israel”, un título que evoca la salida de Egipto y el papel que Dios jugó en el camino a través del desierto. Dios protege a su pueblo y lo conduce hacia los verdes prados. Este título evoca la realeza: los reyes eran considerados como pastores, a ejemplo de David, el pequeño pastor de Belén, quien fue rey de las doce tribus de Israel, quien resplandece con toda su gloria.

En la segunda estrofa, el Salmo sigue con otra imagen, la del viñador. Así como en el célebre poema del profeta Isaías, Dios planta una viña, que es el pueblo de Israel. Que Dios visite, sostenga y proteja su viña, de manera que –se sobreentiende- esta viña produzca buenos frutos y el mejor vino.

El orante sabe bien que el rebaño muchas veces es rebelde y que la viña no siempre produce buena uva. Que Dios proteja, aún cuando su pueblo no sea fiel y que sostenga a su “escogido”, es decir, al rey, quien es el encargado de guiar a su pueblo, y reciba su fuerza de Él.

Segunda lectura: Hebreos 10,5-10

Este pasaje de Hebreos forma parte de una profunda reflexión teológica sobre el sentido de la muerte de Jesús. La razón de la escogencia para este domingo de adviento (así como para la solemnidad de la Anunciación) está en la frase: “Cristo al venir al mundo, dijo: ‘Yo vengo para hacer, Oh Dios, tu voluntad’”. Una vez más comprobamos cómo a partir del misterio de la Pascua se ilumina el misterio de la Navidad: Desde el primer instante, toda la existencia de Jesús está polarizada por el don de su vida que se consumará en la Cruz, que es el primer medio por medio del cual Dios realizará efectivamente su voluntad de salvación a favor de todos los hombres.

Para ayudarnos a entender esta maravilla, el autor de la carta a los Hebreos hace dos insistencias retomando el Salmo 39, el cual trata sobre la ineficacia de los sacrificios de la primera alianza. De cara a esta constante, el Mesías “entrando en el mundo” hace suyas las palabras del Salmo. Cuando llega el Mesías se logra de forma real, plena y definitiva la comunión entre los hombres y Dios que había sido esbozada en los ritos que ahora caducan.

Esto lo logra por la ofrenda total de su vida (la oblación de su cuerpo). Es la ofrenda de su cuerpo, de su ser entero, lo que le agrada a Dios. En la Nueva Alianza no se trata de un rito externo sino de una obediencia interior.

En esta voluntad, en esta desapropiación, esta “ofrenda de su cuerpo una vez por todas”, nosotros somos santificados: ya lo somos... pero está por lograrse.

En vísperas de la Navidad, contemplamos maravillados y agradecidos el “hacerse cuerpo” de Jesús. Desde el primer instante de su existencia humana, Él es sacerdote y víctima. Y en la oblación de su Cuerpo, del cual nos dejó el memorial en su sacramento eucarístico, Él incorpora a los miembros de su Cuerpo en gestación en cuanto el tiempo es tiempo.

(J. S. – F. O.)

Anexo 2

Para quienes animan la celebración dominical

I

María es la gran protagonista de este 4º domingo, tal como ocurrió en la solemnidad de la Inmaculada Concepción. Por eso sugerimos que una imagen de María –la más bella que haya- se ponga en un lugar destacado en el Templo, honrándola con luces y hasta con la delicadeza de una flor. Ella es la que nos trae la visitación del Señor. Ella es la que mejor representa la expectación de la humanidad y del universo entero. Una forma de valorar este protagonismo está en el prefacio del Adviento: “María, nueva Eva”.

II

La inminencia de la navidad repercute en la celebración, sea en la ambientación general, sea en la participación en las Eucaristías. Es importante, por tanto, motivar a la comunidad para que haya una mejor y más fructuosa celebración de Navidad, anunciando lo extraordinario que caracteriza esta solemnidad. Podría ser pedagógico que la asamblea vea “crecer” su pesebre, sea con algunos personajes ocupando sus lugares, pero también con la espera del gran Protagonista.

III

Para los lectores.

Primera lectura: Hoy el lector es, de forma eminentemente pleonástica, la voz de Dios. Lo anuncia al principio y al fin: He aquí lo que dice el Señor... Palabra de Dios. La lectura gira entorno de Dios. Hay otros aspectos que no son menores, pero es importante resaltar la palabra de valor en cual el texto se concentra: Él.

Segunda lectura: Esta lectura es difícil (un buen ejercicio para un curso de lectores). El escrito confunde la oralidad. La lectura tiene dos voces: la del escritor y la de Cristo. La de Cristo comienza en “No quisiste sacrificio...” y termina en “...tu voluntad”. Desde “Primero dijo...” hasta el fin, escuchamos la voz del escritor sagrado. Hay el peligro de partir mucho el texto exagerando las cesuras y caídas en el tono de la voz.

(V. P.)

Anexo 3
Para prolongar la meditación

Dios está en acción
(Lc 1,39-45)



*“Dios está en acción
en toda la tierra
gracias
a su luz benefactora;
un encuentro,
la escucha de un hermano,
es palabra
y sincera oración”*

(Frank Widro)

Anexo 4

Oremos en esta vigilia de la Navidad

Aquella que espera



“**C**uando yo te imagino, María,
esperando a Aquel que se llamará Jesús,
no te veo para nada como en las piadosas imágenes
donde tú apareces meditando la Escritura con las manos juntas.

Tú no eras un mito, ni una figura de cuentos de hadas,
sino una verdadera jovencita de carne y hueso
que había concebido un verdadero niño.
No creo faltarte el respeto
si tu espera, para mí, es algo más concreto.

Como yo te veo, María,
es tendida sobre tu lecho en el vacío profundo de la noche silenciosa,
con los ojos grandes, abiertos en las tinieblas,
y tu mano,
apoyada en la curva cada vez más insólita de tu vientre dilatado,
escrutando los mensajes de Aquel que te habita,
puesta la palma de la mano a la escucha como un oído atento.

Entonces, cuando Él salta y cuando a través de tu carne
sientes concretamente la invisible presencia,
una ola de amor se desencadena sobre ti,

haciendo brotar las lágrimas en tus ojos, la sonrisa en tus labios,
y desde el fondo de tu corazón, ese deseo loco
de ver por fin a Aquel que está en ti,
de descubrir su rostro,
de poder abrirle tus brazos,
de manifestarle tu ternura
y de conocer un día el sol de su sonrisa...

*M*aría de la Espera,
enséñanos a escrutar vigilantes de la misma manera
los mensajes de Dios en nuestra vida,
de este Dios que quiere
habitar en lo más profundo de nosotros,
Él que, como el niño que va a nacer,
es a la vez presente y porvenir.

*E*ntonces, maravillados,
en lugar de temer su venida,
a la manera de una mujer que se angustia en el parto,
nosotros seremos sumergidos de amor
por el luminoso deseo
de verlo por fin cara a cara”.

(María-Teresa Fischer)